

V Semana de Cuaresma (Año Par)

Sábado

Jn 11, 45-56

Jesús debía morir para congrega a los hijos de Dios, que estaban dispersos. Esta expresión nos lleva a recordar el símbolo del profeta Ezequiel: presenta dos maderos primero separados, después acercados uno al otro, que expresaba la voluntad divina de "congregar de todas las partes" a los miembros del pueblo herido: "Seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy el Señor, que santifico a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre" (cf. 37, 16-28).

El Evangelio de san Juan, por su parte, y ante la situación del pueblo de Dios en aquel tiempo, ve en la muerte de Jesús la razón de la unidad de los hijos de Dios: "Iba a morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (11, 51-52). Así también la Carta a los Efesios dice que "derribando el muro que los separaba, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad", de lo que estaba dividido hizo una unidad (cf. 2, 14-16).

La unidad de toda la humanidad herida es voluntad de Dios. Por esto Dios envió a su Hijo para que, muriendo y resucitando por nosotros, nos diese su Espíritu de amor. La víspera del sacrificio de la Cruz, Jesús mismo ruega al Padre por sus discípulos y por todos los que creerán en El para que sean una sola cosa, una comunión viviente. Por tanto, toda división, en cualquier nivel, que sea, y de parte de quien sea "contradice clara y abiertamente la voluntad de Cristo, es un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de predicar el Evangelio a toda criatura".

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)